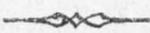


su mayor parte, á la clase rica, y se aumenta con los parásitos que se les adhieren, les adulan, alaban sus necesidades, imitan sus maneras, copian sus trages, se visten con el mismo sastre y se sirven del mismo peluquero, pero sólo el rico paga: de suerte que el siete-mesino rico se multiplica á lo ménos por tres ó cuatro, convirtiéndose en una verdadera plaga.

Su ocupacion favorita es la de recorrer los cafés, los paseos, entrar y salir en los teatros, patinar en el *Skatin-Club*, visitar el tiro de pichon, leer algunos parrafitos de la literatura azul, pasar una ó dos horas diarias en el gimnasio, otras tantas en el picadero, acudir á la cervecería inglesa por la mañana, á la cantina americana por la tarde, recorrer la Carrera de San Gerónimo, presenciar el ensayo de los ejercicios ecuestres en el Circo de Price dos ó tres veces por semana, cenar en Fornos los jueves; hablar de toros, de perros, de caballos, de mujeres; mirar con cínico descaro á cuantas señoras halla á su paso, y, por último, visitar alguna vez la ruleta, aunque hay que hacerle la justicia de que no es jugador apasionado: el juego, á pesar de ser un vicio, necesita, para el hombre que á él se entrega, una energía que el siete-mesino no posee.

Segun hemos dicho al comenzar, al último cuarto del siglo XIX le cabe la gloria de haber

producido esta especie de mono perfeccionado, que casi viene á dar fuerza á las teorías *avanzadas* con respecto á nuestros probables progenitores. Como la langosta, el oidium y la literatura bufa, es una verdadera calamidad pública que está pidiendo remedio pronto y eficaz. En esta ocasion creemos que deberia hacerse uso del sistema homeopático, cuya fórmula es el *similia similibus*. El ridículo puede aplicarse en dosis mayúsculas á tan ridículos entes, y de este modo destruir moralmente la especie, evitando la propagacion.



XII.

LOS PATRIOTAS INOCENTES.

¡Oh gloria! ¡oh gloria! lisonjero engaño
que á tanta gente *honrada* precipitas!
(EXPRONCEDA.)

No es política la índole de estos estudios, si así pueden llamarse. No es tampoco la política, en las actuales circunstancias, con el decreto que rige sobre imprenta, materia abonada á mover la pluma con algun desembarazo; pero aun así y á pesar de los pesares, político habrá de ser en cierto modo el presente capítulo, pues del gran arsenal de la cosa pública he de sacar los materiales necesarios á la composicion del tipo cuyo nombre va á la cabeza de estas líneas.

Bien sabe Dios que no quisiera traspasar ciertos límites, que marca la prudencia, en la con-

feccion de este libro. Retratos y cuadros de costumbres deberian tan sólo componerlo, dejando á un lado, por enojosa, la cuestion política, en cuya atmósfera, enrarecida y candente, es punto ménos que imposible depurar los juicios en el crisol de la imparcialidad ajustando la crítica al frio raciocinio que á igual distancia se mantiene, entre la severidad y la indulgencia, del panegírico que del libelo; pero al extremo á que han llegado las cosas, abiertas las válvulas de la opinion y reconocidos con más ó ménos amplitud los derechos individuales, ocupándose todo el mundo de política, la política informa, puede decirse, toda la vida social, y es, por tanto, imposible, querer ocuparse de costumbres pasando por alto, á manera de contrabando, aquello que en las costumbres se encuentra infiltrado y forma de ellas una parte esencial y hasta consustancial, si ustedes no se oponen á ello. Entiéndase, pues, y basta de intróito, que, cuando me ocupo de política en estos trabajos, dicha materia entra en los mismos no como esencia de la cosa, sino como accidente, como detalle, ó más propiamente dicho, como necesario y fatal componente del cual no puedo prescindir en la pintura de ciertos deliciosos tipos que debe conocer el lector si con él he de cumplir mi palabra.

Desde que escribo para el público, ó lo que es

lo mismo, desde hace diez años, siempre que se verifican unas elecciones generales y las Córtes se reúnen, entro en deseos de retratar el *patriota inocente* que veo, en *profusion* admirable, en todas las legislaturas. Contemplándole—que eso y mucho más merece—llega á mis oídos el clamoreo de los candidatos derrotados; las protestas de los partidos que no han tenido, segun dicen, garantías para luchar; las quejas de los que fueron declarados *ilegales*; (porque en España, á Dios gracias, hay ahora ciudadanos fuera de la ley solo por profesar ideas contrarias á las instituciones vigentes); las risas de los *vencedores*, y todo el concierto variado y *armónico* que en semejantes casos se desprende del campo de batalla (léase campo electoral) donde tantos muertos resucitan, anticipándose al juicio final, y donde á tantos vivos les calientan las costillas hasta hacerles arder el pelo. Y recuerdo y veo todo esto en presencia del *patriota inocente*, porque él, sentado cómodamente en los bancos de la mayoría, ni siquiera sospecha lo que ha costado *traerle*, ha sido ajeno á la lucha y descansa tranquilo en el gobierno que ha de guiar sus pasos hasta conducirle al templo de la inmortalidad.

Patriota inocente quiere decir, en lenguaje parlamentario, diputado *silvestre*, diputado semimudo que sólo sabe decir, en el ejercicio de sus

funciones, *sí* y *no*, diputado que muchas veces no sabe lo que vota, que otras no vota lo que sabe, que siempre está de acuerdo con el gobierno aunque el gobierno no esté de acuerdo con él, y que, de aquella sentencia vulgar que dice: «Al buen callar llaman Sancho,» ha sacado todo su sistema político-filosófico-social.

Que hay aspiraciones legítimas y nobles ambiciones que satisfacer en el Congreso de los Diputados, es incuestionable. Que los hombres políticos de algun valer y que algo representan tienen cierto derecho—moralmente hablando—á ocupar un escaño en el palacio de la Representacion Nacional, fuera está de toda duda; pero de esto á que tan augusto templo se vea algunas veces invadido por hombres sin antecedentes, sin historia, sin merecimientos ¡y lo que es más triste! sin la inteligencia necesaria para el desempeño de cargo tan elevado, hay una distancia inmensa, distancia que quiero determinar aquí, trazando los rasgos más característicos del patriota inocente.

El diputado silvestre, llamémosle así, es muy necesario y más que necesario útil en las *Córtes hechas* de real orden por gobiernos impopulares y desprestigiados que á los razonamientos de la oposicion sólo pueden oponer el voto de una mayoría dócil y sumisa que no discute, y cuya razon

y elocuencia no tienen otra manifestacion que la de los guarismos. Para soportar á conlleva semejante estado de cosas no serviria desde luego una mayoría inteligente compuesta de verdaderos hombres políticos de alguna talla, porque estos no se prestarian al desempeño de tan desairado papel.

El patriota inocente que en determinadas épocas y bajo la proteccion de ciertos gobiernos logra tomar asiento en la Asamblea legislativa, ha sido en *sus principios*, casi puede asegurarse, labrador humilde, sin más luz que la del dia. Por uno de esos azares de la fortuna, á veces caprichosa, se vió elevado á la categoría de alcalde ó concejal del ayuntamiento de su pueblo. A su buena gestion administrativa debió más tarde la posesion *legal y justa* de alguna finca perteneciente á *bienes de propios*; más tarde estuvo en condiciones de comprar á plazos alguna propiedad de *bienes nacionales* y redondeó por fin su posicion social.

A tal altura, nuestro personaje se declara *hombre de órden*, y como tal es por todos reconocido: abomina esas pícaras ideas de nuestro siglo que inculcan en la multitud el loco deseo de repartirse los bienes ajenos, proclama muy alto que la propiedad es sagrada, y, habiendo sido, además de alcalde, presidente ó vocal del comité

conservador de su distrito, ¿qué cosa más lógica que aspirar á la honrosa investidura de padre de la pátria? Ya sabe él dónde le aprieta el zapato y no habrá puntal más seguro que su persona para el sostenimiento del edificio social, el cual edificio contiene, segun ha leído en los periódicos, el órden moral y material, la religion, la familia, los intereses legítimamente creados y otra porcion de cosas esenciales que cuidadosamente guarda en su memoria.—Lo de los intereses legítimamente creados es lo que más le entusiasma.

En el lugar pasa por hombre listo, sostiene discusiones *elevadas* con el veterinario y con el cura, posee una gramática parda para fascinar á los segadores de su cortijo; el sacristan le dá siempre la razon y el barbero, hombre muy leído, rehusa muchas veces entrar con él en cuestiones trascendentales.

Dotado de *estas* cualidades, y de *aquellas* riquezas, el procurarse un acta de diputado le es sumamente fácil cuando se hace indispensable que los hombres de *arraigo* vengan á curar las heridas de la pátria. El no tiene que poner nada de su parte, el gobierno conoce su existencia, y si no la conoce la presiente, solicita su apoyo y se encarga de *traerle*, perpetrando su eleccion.

Entre un diputado que habla y otro que calla,

entre un hombre de ciencia y un ignorante, entre un cortesano y un rural, ciertos gobiernos, la mayoría de los gobiernos, preferirán siempre al último, lo cual se explica perfectamente. El hombre que tiene conciencia de su misión y abraza convicciones profundas, podrá estar con el gobierno mientras este llene sus deberes; mas si alguna vez los olvida—cosa muy frecuente—su dignidad le lleva al campo de la oposición y el poder pierde un voto, y un voto en ocasiones es causa de una derrota y de una crisis. Por el contrario, el diputado silvestre no abandona jamás las filas de la mayoría, y así se explica la predilección de que es objeto.

Hay además otras razones: sabido es, que lo que mucho vale, mucho cuesta: y si al diputado inteligente hay que darle buenas credenciales para sus amigos y electores, el diputado silvestre está contento y satisfecho con *sacar* algunos estancos y nombramientos de carteros, peatones y guardas de monte, para cuyo asunto se entiende con el gobernador de su provincia, dejando en paz á los ministros, que es precisamente lo que ellos quieren.

El patriota inocente—que se puede ser inocente en política aun habiendo comprado fincas de *bienes nacionales*—á veces pone en ridículo al gobierno, y ocupa con frecuencia la gaceta de

los periódicos de la oposicion, pero como él no conoce nunca su situacion verdadera, prosigue su camino con impavidez espartana, hasta que el dia ménos pensado se encuentra con una disolucion violenta de Córtes—se han dado casos,—y el susto no le sale del cuerpo en un semestre, ó bien se encuentra con una disolucion *legal*, ó por último, con una revolucion, que él no sabe de dónde ha salido, y vuelve al rincon de su pueblo, tan desconocido como ántes, tan cerrado de mollera como siempre fué, aunque siempre dispuesto á salvar la propiedad, la sociedad y la familia, en un momento dado.

No crean los lectores que hay exageracion en la pintura de este tipo, cuya fisonomía entra tan de lleno en la caricatura.

Durante su estancia en Madrid el *patriota inocente* se hace calavera, se divierte mucho, adquiere aficiones artísticas, gasta cuellos á la moda, chalina verde, guantes de *lila*, botinas de charol y baston con borlas: imita á Alau en los sombreros, á Orovio en los chalecos y á los cortesanos del año 20 en el frac; que tambien usa esta prenda para asistir á las recepciones. Sus calaveradas consisten en seducir—gastándose más dinero del que señalan las buenas prácticas—la primera mujer hermosa que topa en la calle á ciertas horas de la noche, paloma sin hiel

que se rinde, más que al vil metal, á los encantos irresistibles del legislador, encantos que sintetizan una nariz aplastada, una frente deprimida que apenas tiene dos dedos, unos grandes y colorados mofletes, unas enormes patillas de boca de hacha, una boca como el buzón de correos, unos dientes negros como el azabache y un aire de marcada estupidez que es, como si dijéramos, la marca de fábrica. ¿Quién duda de que se divierte mucho con estas conquistas?—En cuanto á sus artísticas aficiones, cumplidamente las demuestra asistiendo con asiduidad encomiable á Capellanes, á la Infantil, á los Bufos y á las corridas de toros. Fuma cigarros de doce céntimos y sostiene activa correspondencia, no se sabe con quién, por el correo interior.

El gobierno trae tales gentes al Parlamento con su cuenta y razón; pero en el pecado lleva la penitencia porque, pretendiendo legalizar su política, aunque aparentemente consiga este objeto, desprestigia más y más cada día el sistema parlamentario y nos presenta á los ojos y á la consideración de Europa en un estado intelectual deplorable. Él (el gobierno) lo que desea es sostenerse á todo trance, prolongar indefinidamente su dominación, tener carta blanca para cometer todo linaje de abusos, y, fuerza es reconocer que para conseguir tales fines, hasta donde cabe

en lo humano, no hay mejor específico que una grande y compacta mayoría de diputados *silvestres*.

Si he de ser franco habré de declarar ingenuamente que sentiria ver desaparecer este tipo: quisiera verle en la menor *cantidad* posible, pero verle siempre, porque es cual ninguno delicioso. Este milupotético sentimiento no tiene razon de ser. A juzgar por las señales, para desgracia del país y mengua del parlamentarismo la *cantidad* irá en aumento, y no es fácil calcular hasta dónde llegará la irrupcion. Y en este sentido, vista la cuestion á la luz del patriotismo, es notablemente perjudicial la ley de las compensaciones; mejor dicho, no hay compensacion posible.



XIII.

LOS CALAVERAS DE BUEN TONO.

En una sociedad donde hay quien pronuncie la frase *hombre de bien* con cierto desprecio, mezcla de desdeñosa lástima y de punzante ironía, como si aludiera á un objeto ridículo y donde no falta quien aplique el sangriento calificativo de *pobre hombre* al hombre honrado y laborioso que respeta las leyes y la moral, no es extraño que los farsantes, los que viven engañando al mundo, llevando la mentira en el lábio y la perfidia en el corazón recaben de sus coetáneos el título de *hábiles*, de *traviesos*, de *calaveras de buen tono*, si saben adornar sus hazañas con *eso* que hemos dado en llamar formas brillantes, es decir, con la cultura y el ingenio, la hipocresía y el desenfado que forman el carácter de esa ge-

neracion gastada, frívola y sensual que solo se paga de las exterioridades deslumbradoras sin analizar nunca la esencia, el verdadero fondo de las cuestiones.

Los moradores del mundo antiguo no se preguntaron jamás cuál era su mision: viviendo solo para el dia presente, y, por decirlo así, al acaso, no se cuidaban de investigar el término, el objetivo de su peregrinacion por la tierra.— Esos habitantes del mundo moderno, ó más bien, esa generacion de *háviles* y *traviesos* que algunos llaman pomposamente «esperanza de la pátria»; esa pléyade de alborotadores que todo lo utilizan en provecho propio, tampoco se preguntan nunca ni por incidencia cuál es su mision: viven al dia, fiados en el acaso, sin curarse de investigar el término, el fin moral que señala las aspiraciones del siglo, teniendo solo un deseo concreto y definido, á saber: gastar el tiempo con la mayor suma posible de placeres, vivir sin trabajar, vivir sobre el país, que además de sufrirlos los alaba.—Hacen bien, despues de todo.

Desconociendo la ley racional del humano progreso, perdida ú oscurecida la conciencia de un gobierno providencial que eleve el espíritu hácia lo noble y lo bello, si de algun gobierno se ocupan es del gobierno de la nacion, al que

piden grandes destinos ó desacreditan en último caso si los destinos no se conceden.

Y no es solamente en el campo de la política donde se agitan y bullen estos tipos: en todas las esferas existen y se revelan al mundo por su *habilidad* y *travesura*, mereciendo, por sus hechos gloriosos, los calificativos más benévolos y suaves. Estos hombres infatuados y de equívoca conducta, aseguran ellos mismos con el mayor aplomo que pertenecen á lo que se llama *buena sociedad*.

Larra defendió los calaveras. O han cambiado mucho los tiempos y por tanto las condiciones de *la clase*, ó *Fígaro* no fué justo. Hay quien sospecha que defendió su propia causa: esto es pura exageracion; pero como segun el citado crítico «el calavera es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamíz de la opinion,» yo, en uso de mi derecho, he de permitirme juzgarle tal como le encuentro en la época presente, en el momento que pasa, al objeto de probar que el calavera de nuestros dias no tiene defensa posible, y que por lo contrario es merecedor de ágría censura.

Pena y trabajo cuesta ver á la sociedad crédula y sencila (que tambien existe esta sociedad, aunque microscópica) rendida á discrecion, atada de piés y manos, entregada á la voracidad insaciable de tantos vividores, de tantos explotado-

res sin conciencia como bullen entre nosotros, por nosotros respetados, ocupando posiciones importantes que no ha conquistado el mérito ni la honradez, envanecidos con reputaciones usurpadas, mientras el talento reconocido y la virtud acrisolada yacen en continuo olvido y perpetuo abandono, sufriendo las tristes consecuencias de tanta anomalía y confusiones tantas.

Se llama *calavera de buen tono*, por ejemplo, al jóven elegante que pasa algunas horas del día situado en la Carrera de San Jerónimo recreando su ánimo con el espectáculo curioso y edificante que dicho sitio ofrece en ocasiones, diciendo á cuantos amigos le saludan al pasar que espera á cierta hermosa mujer que allí le ha dado cita, y á cuya mujer habrá de acompañar luego á tal ó cual parte. Esto no suele ser verdad; pero el calavera cree que debe decirlo para conservar su reputacion, y lo dice sin el menor escrúpulo.

De la Carrera suele ir á pasar las primeras horas de la noche á alguna tertulia de confianza donde le admiten sin recelo y hasta con satisfaccion, porque ignoran lo viperina que es su lengua, creyéndole, por el contrario, un muchacho de formalidad y buen carácter. De dicha reunion se va más tarde al baile diplomático de la embajada R. ó de la marquesa H., donde pro-

sigue incansable el relato de sus conquistas, á la vez que procura hacer alguna si encuentra ocasion favorable. Despues, ya por la madrugada, va á *pernoctar* al Casino, donde cuenta varias veces su *historia* del dia, de cuya narracion interesante y amena sale destrozada la honra de algunas mujeres y rota y maltrecha la reputacion de algunos maridos merecedores en justicia del aprecio y respeto de las gentes honradas.

El Casino á que se alude en estas líneas es por lo general el punto de reunion de estos *bur-ladores* del siglo XIX. Allí, aprovechando el tiempo en juegos prohibidos, se despachan á su gusto contándose mútuamente sus aventuras y lances amorosos. Allí existe tambien la sociedad de *elogios mútuos*, tan necesaria en los tiempos que corremos, no solo para los calaveras de buen tono, sino tambien para ciertos escritores cuya reputacion corre parejas con la de esos tenorios de levita y corbata blanca.

¡Desgraciada mujer aquella en quien uno de estos calaveras fija su atencion! Ella podrá rechazar toda proposicion infamante; podrá permanecer fiel á su conciencia y á sus honrados antecedentes; pero esto no la librá de la maledicencia, antes al contrario, el calavera, burlado en sus propósitos, va diciendo á todo el mundo que aquella mujer es su querida; y como lo

malo se cree con ménos dificultad que lo bueno, una vez forjada la calumnia, ¿quién la deshace, sobre todo entre la gente que se propala? Por algo se ha dicho: «Calumnia, que algo queda.»

Otras veces el calavera dice lo mismo de cualquier mujer que se le antoja aunque en su vida haya cambiado una palabra con ella.—Como siempre hay necesidad de hablar de conquistas y no siempre existen realmente, se inventan cuando llega el caso... y ¡tanto monta!—La honra de una mujer no vale nada comparada con la vanidad pueril de un nécio.

Muchas personas, al oír hablar de estos calaveras ó al escuchar á los mismos interesados el tegido de infamias y falsedades que sin el menor miramiento relatan á cualquier hora y en cualquier sitio, en vez de protestar indignadas contra tan villano proceder, exclaman con una candidez parecida al cinismo y con una indulgencia que tiene algo de criminal: «¡Qué habilidad! ¡Qué travesera! ¡Qué gracia! ¡Vamos, fulano es lo que se llama un calavera de buen tono!...—Y todo porque el fulano de quien se trata viste rica y elegantemente, toma café en la *Cervecería inglesa*, apunta fuerte en el casino y pasa largas horas en los bastidores del Real ó de los Bufos-Arderius.



Nadie se ha tomado la molestia de averiguar el misterio de la vida íntima del Fulano en cuestion, ni de qué vive ni cómo costea su lujo. Si el mundo no se pagase tanto de la exterioridad ni se dejara llevar de las apariencias, que tanto engañan, sabría que aquel ente á quien elogia y admira, *debe* todo lo que lleva puesto y algo que ya no se pone: que además debe gruesas sumas á cuantos se han fiado de su palabra ó creyeron que su firma valia algo: que no tiene más renta que la que él mismo se procura por tales medios: que no se ocupa más que de la ruleta, de los bailes y de la murmuracion, y por último, que en muchas ocasiones vive, gasta y triunfa, gracias á la munificencia de cierta hermosísima mujer con quien jamás se presenta en público y á la cual ni siquiera saluda cuando casual ó fatalmente la encuentra en la calle.

Ese vividor, sin pudor y sin conciencia, es considerado, halagado, por el mundo, y ve deificadas sus inmoralidades por las mismas gentes que debieran pedir ó procurar su castigo.

Por una fatalidad inconcebible, todo ha cambiado de nombre y de significacion en los tiempos presentes. Parece como que la actual generacion ha perdido completamente el sentido moral, que es en todos los tiempos base de las costumbres públicas, y vaga al acaso en busca de

un ideal más adecuado al espíritu del siglo, quizás más en armonía con el organismo del hombre y de la sociedad, y mientras, sin ideas, sin norte fijo, en el período de la transición, no se cuida de analizar el torbellino de ideas dañosas y extravagantes que pasa en tropel ante su vista. No de otro modo puede explicarse la lamentable confusión en que vivimos.

Y no se rinde culto solamente al oropel del lujo y á la brillantez de las formas exteriores, sino también y principalmente al *dios éxito*, vicio que, si es de todos los tiempos y países é inherente á la flaca naturaleza humana, también es justo decir que en la actualidad ha tomado mayores proporciones que nunca. Ejemplo:

Existe olvidado en el rincón de alguna provincia un jóven de aspiraciones, que se cree un génio, porque así se lo han hecho creer el alcalde y el cura de su pueblo, y este jóven se siente con fuerzas y condiciones para acometer empresas difíciles y tiene ambición. Se encuentra sin carrera y desea seguir una que se haga pronto, y que al mismo tiempo sea productiva. ¿Cuál ha de escoger sino la política?—Nuestro jóven sabe que el primer paso, el más importante de la carrera política, debe darse en el Congreso, y desde luego concibe la atrevida idea de hacerse diputado. Tiene fuerza de voluntad, y para con-

seguir su propósito, comienza á exhibirse como hombre público en la barbería, en el Casino, en la plaza de su pueblo: perora con calor en cuanto hay cuatro personas que le escuchen: habla del lamentable estado en que se encuentra la provincia; del abandono en que la tiene el gobierno, del poco celo de los representantes que ha elegido, y sin vacilar ofrece, como si se tratara de cosa propia, caminos vecinales, canales de riego, escuelas públicas, rebaja de las contribuciones y todo cuanto él cree que puede halagar las ideas y favorecer los intereses del pueblo. Esto le dá cierta popularidad, y lo demás viene por sus pasos contados.

Se acerca el período electoral: el ministro X, escribe al pueblo Y, preguntando á las personas influyentes del mismo si podrá presentarse candidato por aquel distrito el conocido hombre público D. Fulano de Tal, y las personas influyentes, que son el cura y el alcalde, contestan al ministro lo siguiente: (1)

«Desearíamos poder complacer á V. E., pero no lo creemos posible. Aquí hay muchacho, hijo del país, muy despejado, de mucho talento, adicto á las ideas del Gobierno, que aspira á la diputacion. Tiene mucha popularidad, y

(1) Esta carta es auténtica; y ha sido publicada por un periódico español.

seria difícil vencerle. Si la idea del gobierno es contar con un diputado más para la mayoría, éste puede serlo. De todas maneras nosotros haremos lo que quiera V. E. etc., etc.»

El aspirante á diputado ha visto la carta del ministro, él mismo ha dictado la contestacion, y, sin encomendarse á Dios ni al diablo se planta en Madrid, celebra una conferencia con el ministro aludido, se ofrece á formar en las filas de la mayoría.... y todo queda arreglado.

No hay para qué decir que el provinciano viene á las Córtes. Pronuncia un discurso: si ve que tiene condiciones de orador parlamentario, se pasa inmediatamente á la oposicion, que es donde se brilla, y comienza desde luego su campaña contra el gobierno que le ha hecho diputado, hasta que consigue figurar entre los hombres importantes, y andando el tiempo es Director, Subsecretario ó Ministro. Si Dios le ha negado el don de la palabra y comprende que no puede brillar por su elocuencia, sigue en la mayoría hasta la consumacion de los siglos consagrando toda su actividad á decir que *sí* y que *no*, dedicándose al mismo tiempo á sacar de su cargo todo el partido posible.—Los canales de riego, las escuelas y los caminos vecinales que ha ofrecido á sus electores, han sido desterrados de su memoria desde el momento en que puso el pié

en la Cámara legislativa. Esto es de cajón.

Si este hombre con el tiempo y gracias á sus intrigas ó á la *casualidad* de haber formado parte de varias comisiones de ferro-carriles ó de carreteras, adquiere posicion social y política, y hay un periódico que sabe su historia y la inserta, la generalidad del público, tan amigo de ensañarse con el débil y tan servil con el poderoso, empieza por fingir que no cree la tal historia, ó por comentarla favorablemente, disculpando á la persona atacada, de la cual se dice: «¡Qué demonio! en medio de todo tiene gracia y eso mismo prueba su ingénio, su travesura. ¿Que ha hecho alguna calaverada en su juventud? ¿Qué hombre no las ha hecho alguna vez? ¡Todo lo más que de *él* puede decirse es que es un calavera, pero un *calavera de buen tono!*»

Como la familia de esta clase de calaveras es tan numerosa en todos los órdenes de la vida, no hay mejor colorario á este boceto que aquellos conocidos versos:

«Todo se desfigura, no lo dudes:
allí es heroicidad la altanería
 y las debilidades son virtudes.

Donde dice *allí*, pongamos: Sociedad del siglo XIX.



XIV.

LOS CRÍTICOS AL POR MENOR.

No se trata en estas líneas de aquellos escritores que en justicia merecen el nombre de críticos, ni contra la crítica razonada tiene cargo alguno que formular el que esto escribe. Desde que la crítica se ejercia en forma de oracion, en la plaza pública, hasta el momento presente, su influencia ha sido siempre provechosa al desarrollo progresivo de la literatura y del arte, y en tal concepto, fuerza es respetarla y admitirla como elemento de progreso unas veces, y como regulador de la inteligencia otras.

No falta quien se niegue á reconocer la autoridad del crítico, si éste no ha probado ántes su competencia y aptitud en la produccion de obras iguales ó parecidas á las que somete al exámen de su juicio, deseando, por ejemplo, que el crí-

tico teatral sea autor de obras escénicas perfectas, el de pintura de excelentes cuadros, etc., etc. Error capitalísimo. Sería fenómeno raro de la naturaleza que concurriesen en un mismo individuo la facultad creadora del genio, que sólo se mece en las regiones de la inventiva, concibiendo, por misterio inexplicable, lo que raras veces puede definir en conciencia, y aquella facultad analítica y reflexiva que permite ver las ideas y los objetos con entera calma y perfecta conciencia, hasta el punto de percibir y señalar distintamente los lunares que aparecen en una obra como las nubes que empañan el azul del firmamento—si convenimos en que el firmamento es azul.

Se puede ser crítico sin ser artista: más todavía: creemos que son incompatibles, aunque alguna vez aparezca la excepción, para dar más fuerza á la regla general, encontrándose en una pieza artística y crítico, aunque jamás crítico y artista, lo cual no es una paradoja, aunque lo parezca.

Para ser artista basta con tener genio y el conocimiento, aunque sea rudimentario, de los preceptos del arte que se cultiva. Para ser crítico se necesita algo más: clara inteligencia, instrucción vastísima, conocimientos esenciales y profundos de las materias que han de ser juzgadas, tempe-

ramento apacible, honradez en las opiniones y sanidad de intencion.

Muy consolador es reconocer y declarar aquí que en la república literaria contamos con algunos críticos honra y prez de las letras castellanas: no hay para qué citar sus nombres por ser éstos sobradamente conocidos del público. Tal vez no lleguen á seis, en el sentido formal de la palabra y por lo que á la literatura se refiere; pero si bien la cantidad es exigua, no sucede lo mismo respecto de la calidad, y la compensacion es consoladora.

Para esos críticos *de verdad* no puede haber más que admiracion y respeto por parte de todo aquel que de veras esté interesado en el movimiento intelectual de nuestra pátria.

No son acreedores ciertamente á la misma consideracion aquellos otros *escritores*, muchos en número—que lo malo abunda—críticos por su propia aprobacion y contra la creencia general, encargados de lo que pudiera llamarse crítica menuda, y cuyo campo de operaciones suele ser la *gacetilla* de los periódicos.—Y aquí llega la oportunidad de señalar otro fenómeno. Quizás porque la prensa dá una importancia capital á los asuntos políticos, la generalidad del público presta atencion señaladísima á la *gacetilla*, donde en amable desórden se encuentran reunidas,

aunque no siempre amenizadas con las bellezas del estilo, las noticias de robos, asesinatos, defunciones, suicidios, estrenos de comedias, publicaciones de libros, etc., etc.

Como la importancia del periódico está en la parte política, según queda dicho, la redacción de la gacetilla se encomienda generalmente al escritor de ménos valía entre todos los que componen la redacción. El periodista de más entendimiento y de mayor *fibra* está encargado de escribir los artículos de fondo—que nadie lee, no obstante su profundidad—; los que le siguen en mérito redactan los *sueños de fondo*, la *parte extranjera* y el *correo de provincias*, y el último soldado de la compañía, vamos al decir, reina y gobierna en la gacetilla.—Verdad es que algunas veces el que calificaron de soldado las supremas inteligencias sale general, y general aguerrido que gana batallas importantes desde su modesto campamento; mas esto sucede pocas veces, viniendo á resultar que la sección más leída está generalmente escrita por la más inexperta y peor cortada pluma.

Entre los encargados de redactar gacetillas, hay un número respetable de escritores modestos y bien intencionados que se concretan á llenar su misión lo mejor que pueden, limitándose á dar cuenta de los sucesos con aquella sobrie-

dad y moderacion propias del cronista, y si alguna vez caen en la exageracion, es más bien para elogiar la obra de *algún amigo* que para deprimir el mérito de un adversario. Aunque esto sea una falta, y lo es indudablemente, está atenuada y merece disculpa por la generosidad del propósito.

Pero hay otros, que son los que motivan estas líneas, que ni siquiera son escritores, pues solo aprendieron á juntar palabras y á construir periodos; que no conocen ni de vista ningun ramo del saber, y cuyo corazon se encuentra corroido por el cáncer de la envidia, los cuales empuñan apresuradamente la palmeta del crítico, y con una osadía tan grande como su ignorancia, lanzan á los cuatro vientos de la publicidad los juicios más temerarios acerca de obras que ni siquiera saben leer.

Convencidos de su impotencia y de su incapacidad, ponen gran empeño en aparecer como espíritus fuertes, como génius no comprendidos, como mártires de la viciosa organizacion de la sociedad, como esclavos del deber y sobre todo, como inteligencias incorruptibles y caracteres que no caen. Sin embargo, en el terreno privado, no hay humillacion que no sufran, ni bajeza á que no se presten, ni adulacion que no formulen, si de cualquiera de estas acciones in-

dignas han de sacar algun provecho personal.

Si escribieron algun libro y este se imprimió, Dios sabe cómo, nadie se tomó el trabajo de leerlo, y la edicion fué enterita al mostrador de una tienda de ultramarinos ó se destinó á otros usos ménos honestos. Si compusieron alguna *tentativa* de comedia y hubo empresario que se atreviera á ponerla en escena, el público la *reventó*, ó la oyó con indiferencia, ó la soportó dos noches relegándola despues al más completo olvido. Si escribieron algun *articulito* de esos que *ni pinchan ni cortan*, y que son clarísima muestra de la falta absoluta de dotes literarias, de la carencia de gusto y del sentido moral más deplorable, el público se encogió de hombros, bostezó y dijo: «A mí, ¿qué me cuenta Vd.?»

Cuando adquirieron la conviccion profunda de que no sirven para nada, literariamente hablando, dijeron para su capote: «¿Qué hemos de hacer nosotros, á qué nos vamos á dedicar?»—Y se respondieron inmediatamente: «Seamos críticos.»—Y de manera tan sencilla nacieron los *críticos al por menor*. Y penetraron en el campo de la gacetilla. Si ellos no lograron ser aplaudidos en el teatro, ¿qué efecto habrá de producir en su ánimo el ver celebradas las producciones ajenas? No pueden impedir, con harto dolor de su corazon, que existan escritores de talento,

poetas inspirados cuyas obras alcanzan grande y merecido éxito; pero pueden, escondiéndose cobardemente detras de las columnas de un periódico, poseidos de ruin envidia, negar el mérito de la obra representada, mérito reconocido y proclamado por el auditorio.

Echando mano de la sabida muletilla: «Por falta de espacio no entramos detenidamente en el exámen de esta obra,» se limitan á decir que la obra es mala sin estampar una sola razon encaminada á probar afirmacion tan rotunda y atrevida. La obra es mala *porque sí*, y basta que lo diga un tipo cualquiera, un ente vano y ridículo que por sorpresa se ha entrado de rondon en el campo de la crítica para prostituir el sagrado sacerdocio del periodismo. Todos los dias está diciendo que por falta de espacio no fundamenta sus descarnadas opiniones, pero seria curioso saber *con qué* llenaria el espacio que tanto echa de ménos si la empresa del periódico pusiera á disposicion de semejante criatura todas las columnas del mismo.

Fuera en verdad divertido sino contribuyera á extraviar la opinion, el ver que en una gaceti-lla bárbaramente escrita, se censura con acritud la obra correcta y galana de un entendimiento superior, queriendo destruir en dos minutos de desahogo vilioso el trabajo meditado y concien-

zudo de algunos meses. Parece inconcebible que los directores de los periódicos permitan estas raterías, y más inconcebible aún que el público las tolere. Esto, unido á que el escritor que se vé de tal manera atacado desprecia profundamente semejante *crítica*, aseguran al autor de tales *fazañas* una perfecta impunidad. Por eso en épocas determinadas se perpetúa, de donde nace la necesidad de dibujar su retrato.

El *crítico al por menor*, hay que repetirlo, es ignorante. Se ignora muchas veces de dónde ha salido y no se sabe por qué medios ha ingresado en el gremio de periodistas. Puede haber sido empleado subalterno en algun rincón de provincias, sargento del ejército ó cosa parecida. Si ha sido lo segundo y perteneció al arma de caballería, ¿no es triste cosa que ese *caballero*, es decir, ese *sargento de caballería* prostituya la misión más elevada, cual es la de analizar y criticar las obras del génio y del entendimiento?

No es que nosotros neguemos á ciertas clases de la sociedad el privilegio del talento. Todo lo contrario. Creemos que aquel que por sí mismo se eleva, tiene doble mérito que aquellos otros privilegiados de la sociedad que no tuvieron otra cosa que hacer sino aprovecharse de los medios que esa misma sociedad puso á su disposición. Crecido es el número de grandes artistas é

insignes escritores que desde las últimas capas sociales han conseguido llegar á las más altas esferas por su propio esfuerzo, y gracias al talento maravilloso con que naturaleza quiso favorecerles; pero ¡ay! los *tipos* de que se trata en este escrito no pertenecen á ese número, y son ahora, corregidos y aumentados, tan sargentos como ántes, y esta idea, la idea de que *uno de caballería* tenga *poder* para morder reputaciones sólidas, crispa los nérvios.

El *crítico al por menor* suele ser de figura ordinaria, de modales toscos y groseros. Viste con un descuido reñido en cierta manera con la limpieza, y, como no tiene educacion para encubrir esta sensible falta, finge despreciar las fórmulas sociales, que él llama preocupaciones y logra por fin inspirar repugnancia bajo cualquier aspecto que se le considere.

Concorre á todos los estrenos, y es de ver la cómica tiesura que adopta durante la representacion. Poseido de su papel, jamás se rie ni se conmueve segun que la obra sea festiva ó sentimental, queriendo probar con esto que está en el secreto de todos los resortes que el autor pone en juego para conseguir los fines que se propone.

Durante los entre-actos es de presenciar la algarazara que arma en los pasillos haciendo de vi-

va voz la crítica de la obra, que, desde luego es detestable, aunque el público la aplauda con entusiasmo.

Si el *crítico al por menor* espera obtener algun favor de un poeta cualquiera, este poeta será elogiado incondicionalmente, de un modo exagerado, aunque sea digno de la mayor censura. Como nunca puede adoptar el término medio, tan extremado es en el elogio como en el ataque; pero siempre el ataque es preferible por venir de quien viene.

Aunque el tipo no está completo, pues para ello se necesitaria un libro, bastan para reconocerlo los rasgos apuntados, siendo por otra parte excesiva la importancia que hemos concedido á semejante alimaña, cuyo sitio más propio será, andando el tiempo, la historia natural, el gabinete anatómico de San Cárlos.... ó una jaula de Leganés.



XV.

EL PADRE DE FAMILIA. (1)

El comercio es la sangre de las naciones, ha dicho Montesquieu. Hasta tal punto es esto cierto y de tal manera el comercio se ha extendido por la tierra, que, hemos llegado á un estado en el cual se comercia con *todo*, incluyendo los sentimientos humanos.

Se comercia con el amor, la amistad, la fé, el heroismo, la virtud, la familia... y hasta con las palabras, sin que humano poder ni consideracion alguna logren detener este movimiento comercial que amenaza con lanzar á la plaza pública, para su *cotizacion*, desde las primeras ac-

(1) El autor dedica este capítulo á su querido amigo y compañero D. Eduardo Guillen, de cuyo claro talento nació la idea de este tipo.

ciones del Banco, hasta la última vibración del alma.

Como ya se camina tan aprisa, en todos sentidos y direcciones, el vértigo de la carrera deslumbra, enturbia la mirada, y, al no distinguirse claramente los objetos, se forma un juicio vago é indeterminado de las cosas, que viene naturalmente á producir esa filosofía superficial y utilitaria que tiene por base el convencionalismo y por término la perturbación del mundo moral.

Dentro de esa elasticidad de criterio cabe el abuso y el abuso conduce á la arbitrariedad. La idea del bien, el bien mismo se hace antipático á las almas generosas cuando quiere convertirse en arma de la explotación individual, torciendo y extremando su idea generadora. Las más provechosas y sólidas instituciones se desprestigian y mueren por el abuso y la exageración de sus mismos partidarios y mantenedores.

Esto acontece al presente con la institución de la familia, sagrada en su origen y necesaria en su desenvolvimiento. No es esta ocasión de considerar la familia en sus fundamentos esenciales, propósito que no cabe ni en la índole especial de estos estudios ni en el espacio de un capítulo de esta *Galería*. Basta fijar la mirada en un detalle, aunque principalísimo, de tan

vasto tema. Al tratar de la institucion analicemos su jefe, esto es, el padre de familia, en su aspecto cómico y censurable, que aun las cosas más serias vienen á caer en la extravagancia por la relajacion de las costumbres y el desconocimiento del deber.

Desde el harapiento mendigo que busca *hijos prestados* para excitar la compasion pública, hasta el disoluto arruinado que se une en matrimonio á una mujer rica con la esperanza de heredar por medio de la prole una fortuna que otro ha ganado, existe un considerable número de padres de familia, fingidos unos y reales otros, que han tomado como grosera especulacion el sentimiento más noble de la criatura y la institucion más respetable de los Estados.

En las clases medias de la sociedad y aun en las últimas escalas, el ser padre de familia es una especie de talisman ó amuleto contra ciertas contrariedades y trabajos que sufren la generalidad de los hombres; hecho que en muchas ocasiones envuelve notoria injusticia, determinando privilegios irritantes y siendo semilleros de ódios y desgracias que podrian evitarse con un sentido de equidad más claro que el que corre y salta por esas trochas sociales á manera de rio enturbiado por la tempestad.

Ejemplo: Trátase en una oficina del Estado,

en una casa de comercio, en una fábrica ó en un taller, de reducir el personal, por razon de economía, ó por otras razones, que esto no hace al caso, y la primera determinacion del ministro ó fabricante es informarse del estado de cada uno de sus dependientes, apartando, para conservarlos en sus puestos, con preferencia á los que no lo son, los padres de familia. Y se dice con notoria sencillez, cuando se quiere cohonestar alguna injusticia de las muchas que resultan de esta preferencia: «¡Ya vé usted, es un padre de familia!» Frase que está siempre en los lábios del mismo interesado si por acaso la olvida su jefe ó su principal. «Soy un padre de familia, tengo tantos hijos,» exclama con lastimero acento, y ya todo el mundo se compadece y le da la mano y le protege y le ayuda en sus empresas.

Se lleva la exageracion hasta el extremo de dispensarle faltas y vicios que no son tolerables en ningun caso. De un empleado que vá tarde á la oficina, que trabaja poco y mal, que no cumple, en fin, con sus deberes, se dice: «¡Si no fuera un padre de familia!...» Pero... ¡sería menester tener el corazon de piedra para dejar sin pan á esos pobres niños!»

Ha recibido usted una ofensa, le han insultado de una manera grave, exige usted una repa-

ración en debida forma recurriendo á los medios marcados por la costumbre entre hombres de honor, y se encuentra usted con que su adversario dice: «Yo no puedo batirme, no me pertenezco, soy un padre de familia; ¿qué sería de mis hijos si yo muriera?» Y así sucesivamente encontramos para cada caso un padre de familia, superior, en el mero hecho de serlo, á los demás hombres.

Al extremo á que han llegado las cosas en este sentido, vendremos á parar, como consecuencia lógica de las premisas sentadas, en que la condición de padre de familia no será un estado, sino una profesion, una carrera de las más productivas. En cuyo caso, y dentro de poco, no será rara cosa oír lo siguiente:

—Oye, ¿á qué te dedicas tú?

—Yo estudio leyes. Y tú ¿á qué piensas dedicarte?

—Yo sigo la carrera de padre de familia.

Y veremos, sin asombro por nuestra parte, que en las Universidades de la nacion se crean cátedras al efecto, saliendo del bárbaro empirismo que al presente alcanzamos en esa rama importante del saber de nuestros dias.

Si en igualdad de condiciones, ó mejor dicho, en igualdad de méritos y aptitudes, se favoreciera al padre de familia con perjuicio del que

no lo es, aunque nunca sería justo, podría ser conveniente en ciertos casos; más que conveniente, generoso, y por lo tanto disculpable hasta cierto punto.

Pero no se trata de eso, sino del hecho constante, permanente, hasta la saciedad repetido, de que ciertos padres de familia se sobrepongan en todos los casos á los que no lo son, por la sola circunstancia de hallarse en un estado que ninguna relacion tiene con sus aptitudes puramente personales en consonancia con su profesion ó carrera.

¿En qué lugar queda entónces esa noble emulacion que tantos génios ha creado y que tanta prosperidad ha dado á las naciones? ¿De qué sirven al hombre el estudio, la asiduidad, la honradez? De nada: con *echarse* á padré de familia tiene resuelto el problema.

Si á la crítica le fuese lícito penetrar en lo interior del corazon humano y analizar sus móviles y sus impulsos más secretos, veríase con dolor que muchos padres de familia no merecen los favores ni la consideracion de que son objeto.

No sé qué sábio ha dicho, y el pensamiento es ya viejo, que «toda accion humana reconoce por causa fundamental el egoismo de la criatura que la realiza.» Y aunque puede probarse la existencia del noble egoismo, al poner sobre el tapete la

cuestion del matrimonio, acaso tropezáramos, tropezaríamos sin duda, con el egoísmo descarnado, brutal y grosero, de la materia en unos casos, y del cálculo en otros.

¿No pudiera suceder que muchos de esos padres de familia lo fuesen por su propia conveniencia, basada en consideraciones innobles, como son todas aquellas que tienden á sofocar los sentimientos naturales y legítimos en aras de un interés personal y bastardo?

Los casamientos por amor, la union de las almas, la fusion divina de los espíritus, son ya casos excepcionales en la sociedad presente, dominada por los intereses positivos y arrastrada por el vértigo de la especulacion. La idea del *tanto por ciento* se ha escapado del edificio de la Bolsa, como loca desatada recorre todos los lugares habitados y lleva la avaricia á todas las conciencias. El amor que no dispara sus primeras flechas desde lujosas carretelas ó dorados salones, no logra rendir el corazon de los *hombres prácticos* que en las mujeres se han acostumbrado á ver

«bellezas más ó ménos cotizables
que se rematan al mejor postor,»

y se considera como incurable locura la pasion amorosa que alguna vez anida en la guardilla ó en el sotabanco.

En las clases elevadas se casan dos fortunas: el amor es de mal tono y jamás penetra en el dormitorio conyugal, si bien los cónyuges disfrutan de esa libertad que tanto se parece á la licencia y de la cual sacan sus materiales más preciosos los autores que ahora traen entre manos la cuestion del adulterio y de la mistificacion de la familia.

De estos maridos á la moda salen aquellos padres de familia de que hablaba irónicamente Ventura de Vega, que hasta deben servir á la pátria (desde las alturas del poder) toda vez que se trata de velar

por la pátria de sus hijos;

frase de mucho efecto, dicha desde la tribuna parlamentaria, y que más de una vez la han pronunciado nuestros políticos.

Hay quien siendo pobre se casa con una mujer rica porque *ella* necesita adquirir una estimacion que su fragilidad no pudo conservar durante una larga soltería; ó bien porque necesita editor responsable para la publicacion de *obras* que de otra suerte serian *clandestinas*; ó ya porque la aceptacion de su fealdad implique un sacrificio tan grande como sus rentas.

En otro nivel más bajo encontramos todos los dias el hombre que se casa por comodidad y hasta por economía; el que cansado de rodar por el

mundo, segun la frase popular, se recoge á buen vivir para tener quien le cuide en sus enfermedades y en su vejez; el que llega á hacerse incompatible con las patronas de casas de huéspedes, de cuyas patronas decia el inolvidable Roberto Robert:

«Son un elemento moralizador: á ellas debe la sociedad el mayor número de los casamientos realizados en el dia.»

Si estos hechos son innegables, si muchos padres de familia llegan á serlo con su cuenta y razon, debieran contentarse con el beneficio que tal estado les reporta por las causas apuntadas, y no ejercer el absorbente monopolio de que queda hecho mérito.

Hay otra consideracion más importante todavía para insistir en esta idea. Existe un número considerable de hombres que á su pesar permanecen solteros, los unos por atender al cuidado de padres ancianos que sin su apoyo perecerian, los otros por tener cabal idea de la obligacion que implica la creacion de una familia y no contar con los necesarios recursos para sostenerla con el debido decoro, éstos por el temor *justificado* á los riesgos que tal estado proporciona, aquellos, en fin, por no aceptar en conciencia los graves defectos de que adolece la institucion del matrimonio, defectos que ha

puesto de relieve una experiencia tan larga como dolorosa.

Estos hombres, privados de los dulces placeres del hogar, mártires de su dignidad los unos, de sus convicciones los otros, que al ejercer el más sagrado de los derechos naturales han de aceptar

«el placer nunca sereno;
el reposo mercenario,»

tienen además que sufrir á tanto padre de familia como anda por el mundo gozando más favor, más consideracion, más respeto que ellos. —Si esto es justo, que venga Dios y lo vea, como dijo el otro.

Es necesario acabar con ciertas preocupaciones que han nacido de la exageracion de las ideas por una parte, y por otra del espíritu utilitario que palpita en el corazon de la sociedad. Es preciso que las palabras recobren su justo valor y que no se abuse de las *frases hechas*. Que el hombre sea siempre hijo de sus obras y no de las circunstancias que le rodean, del estado que ocupe, aunque éste sea tan respetable como el de padre de familia.

No es que se pretenda rebajar en lo más mínimo la dignidad del jefe de tan nobilísima ins-

titucion; trátase tan solo de dar á cada uno lo suyo, como dijo Jesucristo con autoridad indisputable; que cuando se haya de proveer un cargo ó de conceder en justicia un beneficio cualquiera, al presentarse el consabido jefe diciendo:

—Soy un padre de familia,—se le conteste:

—Sea enhorabuena; pero no se trata de eso, sino de un concurso por oposicion en el cual obtendrá el primer premio el que mejor lo merezca por sus propios méritos.

Esto es todo.



XVI.

LOS MARIDOS.

A los hombres que están desesperados,
cásalos en lugar de darles sogas.

(QUEVEDO.)

La sátira se ensañó siempre con ellos, y Darwin no los ha clasificado todavía entre los animales de la especie humana. Sin embargo, merecen consideracion y respeto, por su abnegacion, que casi raya en heroismo. Y sin casi; que en estos tiempos de crítica pesimista que corre-mos, donde se comienza por negar el amor y la familia y se concluye por la negacion rotunda de Dios y de la propiedad, piedras miliares sobre que descansa la organizacion regular de los Estados cultos; en medio de una sociedad donde

no influye para nada en los ánimos la eficacísima propaganda de Teodoro Guerrero en favor del matrimonio,—que es, como si dijéramos, la raíz más profunda de la moral; donde el celibato parece que quiere llevarnos á la Edad Media, que es la edad de los cuarteles y de los conventos; cuando se reciben las noticias de bodas que algunas veces contiene la gacetilla con un gesto compasivo ó una carcajada burlona que se pueden traducir de mil maneras diferentes,—todas desfavorables para el prójimo que cumple uno de los más santos preceptos de la Escritura.... en verdad, os digo, que se necesita el valor del héroe, entrarse de rondon en la epopeya, para decidirse á *tomar estado*.

Creced y multiplicáos, amáos los unos á los otros, el suave calor del hogar vivifica el espíritu, el amor de la familia es el más puro manantial de los goces honestos, el hombre no realiza su destino sobre la tierra mientras no elige para cruzar el camino de la vida la compañera de su alma por él y para él creada, etc., etc.—Todas estas frases, hechas por los filósofos, los poetas y los novelistas, no significan nada ni nada valen para la generalidad de los jóvenes *despreocupados* y de los *pensadores* á la moda.—Causa verdadero horror á los espíritus timoratos y á las muchachas casaderas la propaganda que actual-